



Conceptos y reflexiones para la conciencia cimarrona

Hegemonía y patrimonio cultural

La historia nos demuestra que los que tienen sed de conquista, al invadir un territorio y su gente, lo primero que hacen es descalificar el universo cultural del 'otro' para así imponer su proyecto hegemónico.

En América Latina, con la conquista española primero y con la creación del Estado-nación después, se ha venido impulsando, hasta nuestros días, la construcción de un universo simbólico predominantemente blanco-mestizo, y se ha promovido un discurso homogeneizador de pertenencia nacional, obligando a todo el mundo a reconocerse parte de una misma realidad cultural.

A este propósito, considero importante la reflexión de Benedict Anderson sobre las *Imagined Communities*, que da razón de lo que Erika Silva (2004, 27) sostiene cuando afirma que “la construcción de un ‘yo’



colectivo sería (...) un proyecto de Estado, orientado por un tipo de selección histórico-cultural dominante, tendiente a lograr la cohesión de la comunidad”.

En todo este proceso, grupos humanos como los indígenas y afrodescendientes, considerados como un ‘problema’ por el simple hecho de ser diversos, han sido desde el periodo de la conquista, excluidos y subyugados, tachados de primitivos y bárbaros, sin cultura ni capacidad técnica, buenos solo para servir al hombre blanco-mestizo que se consideraba ‘ontológicamente superior’.

Con estos presupuestos resulta muy difícil aún hablar de identidad nacional, del momento que por largo tiempo esos grupos humanos no han sido reconocidos como parte activa en el proceso de construcción de una identidad nacional.

En lo referente al Ecuador, así como lo señala Erika Silva (2004, 39), “los estudios sobre identidad nacional publicados en los años noventa revelan el predominio de una lectura confusa, elusiva y de escaso espesor de la historia étnica del Ecuador que deriva en una concepción ambigua y fluida del pasado...”.

En otras palabras, no hay evidencia de un camino hecho en el transcurso del tiempo que nos permita sostener que se hayan forjado sentimientos de identificación entre los varios grupos humanos presentes en este país.

Como bien lo dice Erika Silva (2004, 41): “... hasta la actualidad pervive un sistema de clasificación étnica que categoriza en términos de superioridad/inferioridad a las poblaciones según sus ancestros, color de piel y cultura”, o como lo declara Carlos de la Torre (s/a: 46), ser indio o ser negro continúa siendo “uno de los estigmas más poderosos” que a larga produce un efecto devastador en medio de la gente, y se trans-



forma en una ideología castrante en la construcción de una identidad común.

¿Y qué decir acerca del patrimonio cultural?

El patrimonio, al igual que las demás construcciones sociales, no surge de ninguna suerte de determinismo natural ni responde a una supuesta esencia inmutable y eterna. Más bien, el patrimonio es una ‘construcción social’ que se origina por medio de convencionalismos socio-culturales, es decir, por la construcción del ser humano en cuanto creador de simbolismos y, por ende, de cultura.

Considerando lo expuesto, para Llorenç Prats (2004: 20) el patrimonio “es un artificio ideado por alguien (o en el decurso de algún proceso colectivo) en algún lugar y momento, para unos determinados fines, e implica, finalmente, que es o puede ser históricamente cambiante, de acuerdo con nuevos criterios o intereses que determinen nuevos fines en nuevas circunstancias”.

Vemos entonces que el patrimonio responde a una dinámica dialéctica que lo vuelve modificable y resemantizable en su relación con la sociedad y consigo mismo.

Todo esto supone que la ‘construcción cultural’ se complementa con el concepto de ‘invención’, que para Hobsbawm y Ranger hace referencia a la idea de ‘manipulación’.

Los dos conceptos mencionados están en estrecha relación con el ‘poder’ puesto que los universos simbólicos legitimados (construcción cultural) y las manipulaciones (invención) provienen de los procesos de hegemonía social y cultural.

En efecto, varios autores como Gramsci y Foucault analizan la capacidad de los grupos sociales dominantes de generar consenso, el cual, finalmente, llega



a cristalizarse en la idea del ‘bien común’ aunque éste vaya en detrimento de los grupos sociales subalternos.

Y este es, justamente, uno de los varios impactos sobre la sociedad y la cultura (subalternas en este caso) proveniente desde las manipulaciones del poder; también se debe considerar que la cultura no surge *ex nihilo*, sino que sus composiciones son descontextualizadas y recontextualizadas en nuevos escenarios, y no cabe duda de que los grupos de poder también echan mano de los elementos simbólicos de las culturas subalternas para manipularlos con fines de dominio.

El poder manipula los simbolismos mediante las ‘activaciones patrimoniales’; es decir, el patrimonio no es patrimonio *per se*, sino que precisa ser activado para adquirir valor social, de tal manera que la manipulación sobre las ideas y los valores funcionan como estrategias políticas de legitimación simbólica que a la larga determinan el accionar social y sus dinámicas colectivas.

En otras palabras, las activaciones simbólicas que se dan por medio del patrimonio tienen gran relevancia antropológica, pues, en efecto, los simbolismos son una parte determinante del ser humano como tal; nos constituimos como humanos y nos diferenciamos de las demás especies en tanto somos capaces de crear cultura, la cual, en sí misma, no es más que un sistema simbólico que da sentido al mundo y determina la adaptación del ser humano a su medio ambiente natural y social.

En nuestros días, un límite importante para el patrimonio es su ingreso en la lógica mercantilista y la cultura del entretenimiento, y solo aquellos que cuentan con recursos económicos pueden activar sus patrimonios de manera eficaz.

Las clases populares, en este caso, deben esperar recursos externos y donaciones voluntarias, las cua-

les no llegarán si las activaciones patrimoniales populares no interesan al poder.

Por otro lado, es necesario señalar cuán determinante es para los grupos sociales y culturales trabajar esta dimensión, ya que en el patrimonio ellos pueden encontrar una justificación y una legitimación para la defensa de sus intereses y para planificar procesos de reactivación cultural.

A este propósito, cabe recalcar que, frente a las tantas formas de sumisión impuesta por parte del poder y a su ‘mirada etnocentrista’, los grupos considerados ‘minoritarios’, entre ellos el pueblo afroecuatoriano, no se han quedado con los brazos cruzados, sino que han sabido mantener viva su propia herencia cultural y han sabido resistir a un modelo cultural dominante y homogeneizante, mediante procesos de ‘eufemización simbólica’ que se han revelado como recursos necesarios para dar un sentido a su vida (Guerrero 2002, 77); además, la reformulación y revitalización de sus universos simbólicos han permitido a estos grupos humanos de encontrar la fuerza para llevar adelante procesos de ‘insurgencia simbólica’ que se manifiestan en varios ámbitos de la vida cultural, se expresan por medio de elementos como son la música, la vestimenta, la ritualidad, sus costumbres, sus cosmovisiones y finalmente se traducen en eje estratégico de sus propuestas políticas alternativas al sistema y de construcción de una sociedad más incluyente (Guerrero 2002, 81).

En lo referente al pueblo afroecuatoriano, no solo es posible sino que es necesario que la misma gente tome la iniciativa, se prepare, investigue y finalmente vaya patrimonializando lo que considera importante para la conservación y enriquecimiento de su cultura.

Quiero concluir esta primera parte señalando lo que Víctor Hugo Torres afirma en su *Manual de revitalización cultural* cuando, al hablar sobre la revitaliza-



ción del patrimonio cultural, dice que “la verdad es que una vez comenzado, este proceso se vuelve perpetuo, es decir una tarea enriquecedora y continua de creación y recreación de la cultura de un pueblo. Es más, la sobrevivencia y permanencia de un grupo o una nación, depende de su capacidad de adaptarse a un medio en constante modificación, precisamente a través de crear y recrear su cultura” (Torres 1994, 22).

Por lo tanto, el ejercicio de crear y recrear una cultura mediante el proceso de revitalización del patrimonio cultural es indispensable para que un pueblo y su riqueza cultural no se extingan.

Construcción del Estado-nación

*“Preguntan de dónde soy y no sé qué responder.
De tanto no tener nada, no tengo de donde ser”
Jorge Enrique Adoum*

El continente americano ha experimentado, en su larga historia colonial, numerosas manifestaciones de tipo étnico, por lo general muy conflictivas, que han venido ocasionando derramamiento de sangre y muerte por todos lados.

Con la formación del Estado-nación se supuso que disminuiría la polarización étnica y se daría vida finalmente a una identidad nacional, es decir, se suplantaría la etnicidad en beneficio de la identificación con el Estado-nación.

El padre Juan de Velasco, en su *Historia natural e historia antigua* (1789), y como representante de la clase ‘criolla’, trata de alguna manera de forjar en su libro una naciente ideología de nacionalidad, para ofrecer a sus compatriotas una historia ‘propia’ que justifique sus raíces y aspiraciones de autonomía (Moreno 2006, 15).



También, en su pensamiento se propone como ‘defensor’ del hombre americano contra la opinión (Erika Silva habla de “mito”) de muchos ilustrados europeos como Paw y Leclerc, quienes, en el siglo XVIII, consideraban América como una tierra donde el proceso evolutivo aun no había concluido; de modo que, la naturaleza americana se presentaba débil física y moralmente, y afectaba tanto a los animales como a la gente americana, incluyendo a los descendientes de los conquistadores nacidos en este continente.

El siglo XIX se convierte en escenario de grandes transformaciones socioculturales en el que los criollos jugarán un papel muy significativo para acabar con estos prejuicios ideológicos occidentales; y no cabe duda que el deseo de generar una propia cultura de la nación ecuatoriana será también el fundamento ideológico de la obra realizada por los escritores costumbristas, como José Modesto Espinosa y José Antonio Campos, que contribuirán en la conformación de un Estado-nación y la constitución de una identidad nacional.

A este respeto, como nos refiere Moreno, el siglo XIX es un periodo importante en Ecuador, ya que se va conformando la propuesta “...de un Estado-nación y la constitución de una identidad nacional, en cuya labor es de gran importancia el influjo del pensamiento romántico, como propulsor de la cultura nacional del Estado, reconstructor de su lenguaje, reactivador del fondo étnico y hostil a todo desarraigo telúrico” (Moreno 2006, 13).

Por lo tanto, los grandes temas del siglo XIX, es decir, tanto la relación etnicidad e identidad nacional, como la cuestión de la ciudadanía y la medida en que los varios grupos étnicos tienen acceso a la nación y al aparato estatal, han sido parte de importantes reflexiones y estudios llevados a cabo a lo largo del siglo XX.



Sin embargo, nunca se llegó a forjar una conciencia nacional debido a factores de discriminación que se fraguaban en su seno; de tal manera que, ni los movimientos socioculturales como el Liberalismo y la Ilustración, ni el hecho de poder contar con una misma lengua y religión fueron suficientes para dar paso a una conciencia nacional.

A este propósito, considero muy apropiada la reflexión de Erika Silva, cuando afirma que la clase dominante, aquí en Ecuador “elaboró su ‘visión teórica’ del país, construyó los mitos fundadores de la ‘ecuatorianidad’, convirtió a sus héroes en los héroes nacionales, a sus gestas en las gestas de ‘la’ historia y dio su respuesta proclamando la idea de una nación cohesionada, compacta, más bien cosa congelada” (Silva 2004, 94).

En particular los mitos presentados por Silva, es decir, el *Mito del Señorío sobre el suelo* y el *Mito de la raza vencida*, manifiestan un sentimiento de nacionalidad que se aleja de su mundo natural que debería ser el mundo andino como región nuclear de América Latina y como pueblos con determinadas características étnicas y culturales, y así adscribirse a una antigüedad greco-latina y a un mundo ‘occidental’ y ‘cristiano’ (Silva 2004, 97).

Hasta la fecha, el problema fundamental del Ecuador es la existencia de un concepto de Estado que ya no se adecua a sus nuevas exigencias, ni expresa los intereses de sus ciudadanos y ciudadanas debido a la falta de respeto que se advierte frente a la presencia de instancias socioculturales muy distintas; por ello, urge un replanteamiento explícito donde se considere y se reconozcan las diferencias, y finalmente se reafirme la importancia de la etnicidad, dimensión que juega un rol determinante, y logra, si bien trabajado, estimular la participación de todos aquellos que ya no se sienten súbditos sino ciudadanos en cuanto a vida social, políti-



ca y cultural propia de un determinado país, en nuestro caso, el Ecuador.

Patrimonio y conciencia colectiva

Patrimonio cultural y actores comunitarios

Desde hace unos años se viene trabajando una nueva propuesta integral del patrimonio desde la perspectiva, ya no de ‘rescate cultural’, sino de ‘revitalización cultural’ (Guerrero 2002, 276).

En efecto, el rescate cultural ha sido llevado a cabo por técnicos expertos e instituciones, que desde fuera de la comunidad, convirtieron un bien comunitario en un bien patrimonial.

En este contexto, todo aquello que se ha considerado patrimonio ha sido tratado desde un discurso experto-científico, y ha sido presentado en sus aspectos elitistas, exotizantes, museificables y folclóricos.

Por el contrario, en el proceso de revitalización cultural quien actúa de manera protagónica son los actores comunitarios; el patrimonio es socializado y permite que sus propios creadores y habitantes participen en el proceso de activación.

De esta manera, la gente se beneficia de sus componentes simbólicos a la vez que le dan un uso presente, el mismo que les permite mejorar sus condiciones materiales y espirituales de vida.

Esto significa, entonces, que el patrimonio es revitalizado por la propia participación local, la misma gente que hace parte de la toma de decisiones de las actividades y procesos de recuperación.

También, la revitalización del patrimonio no puede obviar las perspectivas de la interculturalidad donde el respeto y la convivencia solidaria son la nor-



ma; a este respecto, es importante que en este proceso exista una descolonización económica, social, cultural y epistémica de nuestros pueblos y nuestras culturas; es decir, ningún modelo social, político, económico o cultural debe arrogarse la pretensión de ser el mejor, y así superponerse a los demás en un movimiento hegemónico, algo que por largo tiempo ha caracterizado el sentido de patrimonio.

La interculturalidad supone la articulación armónica y respetuosa de las culturas, donde la diferencia no solo sea constatada sino respetada y aceptada dentro de su propia especificidad.

Esto supone cambiar ciertos imaginarios sociales bastante difundidos, entre ellos aquel según el cual la cultura y el patrimonio son un ámbito elitista, donde solo los mecenazgos y la intervención ‘experta’ pueden llevar a cabo la activación del patrimonio cultural y natural.

Tal supuesto excluyente proviene de una visión político-cultural que se sustenta en contenido cognitivo de la cultura, la cual solo favoreció a las manifestaciones de la auto denominada ‘alta cultura’, esto es, la pintura, las artes plásticas, la danza y la música en sus versiones clásicas, la literatura, etcétera y discriminó las manifestaciones socioculturales populares, o en su defecto y como analizamos en otras líneas, se apropió de ellas y las resemantizó según el gusto y la estética burguesas (Guerrero 2002, 274).

Al contrario, la revitalización patrimonial está llamada a tomar muy en cuenta los espacios de la cotidianidad, los mismos que no deben ser museificados y reducidos al ámbito de un pasado liquidado y discontinuo; es importante revitalizar -en el sentido pleno de la palabra- el patrimonio, darle vida actual, la cual esté conectada en un continuo con su pasado.



El patrimonio también cumple una función política en cuanto es el reflejo de los imaginarios elitistas de las burguesías; ellos, al empujar a los grupos sociales subalternos fuera de los sitios patrimoniales, se apropian de espacios públicos que luego serán llenados con su artificiosa visión del mundo.

El poder se apropia del patrimonio con fines más directamente políticos; recordando a Foucault y su célebre frase “el poder no solo se impone, el poder seduce” (Guerrero 2002, 284), nos remite a la seducción identitaria y las coordenadas de sentido que el patrimonio otorga al imaginario social colectivo.

El poder político, consciente del fuerte poder simbólico del patrimonio, procura instalarse en él, justificar su acción política y ser el depositario y el guardián de la ‘esencia de la identidad’ por medio de la manipulación de ‘discursos de verdad’.

Una estrategia básica del poder es la usurpación simbólica del patrimonio que no ha sido creado por esta instancia (Guerrero 2002, 283).

Sabemos que la identidad necesita justificarse y legitimarse, para ello cuenta con una memoria histórica de la que se han conservado ciertos objetos y vestigios de cultural material. Estos objetos y demás hechos patrimoniales intangibles poseen una fuerte carga simbólica, lo que les confiere el poder de “dar sentido al mundo”, de “crear un universo de significaciones determinado”, por lo tanto, de construir la realidad social según su propio modelo y representar sus más caros intereses y prioridades.

De esto se desprende la posibilidad política del patrimonio: controlar los imaginarios sociales para dar un sentido al mundo, acorde con los intereses del poder político y económico.

Con la complicidad de las instancias técnicas y administrativas del patrimonio, el poder construye



‘discursos de verdad’, legitimados por la ‘profesionalización’ y la ‘técnica’ de su tratamiento, todo ello inscrito en las dinámicas sociales de la modernidad que dan especial importancia a los ‘discursos profesionales’.

Entonces, hacen su aparición en escena técnicos y expertos que afirman conocer más sobre el patrimonio que las mismas personas que lo crearon, su discurso profesional se apropia de él y lo entrega en bandeja de plata a su tutor, el poder.

El patrimonio, sin embargo, no es apropiado tal y como es, sino que pasa por el tamiz del poder que lo reconstruye en sus propios términos y según sus propios intereses y conceptos elitistas de lo estético.

Se trata de un proceso ‘civilizador’ que, al museificar y patrimonializar la creación popular y el pasado ‘salvaje’ conjura su origen subalterno.

Ahora, quien es digno y capaz de apreciar las piezas y los eventos patrimoniales en su nuevo contexto son las elites letradas.

La creación de la gente y su propio pasado les son arrebatados ilegítimamente, son privados de su capacidad creadora y de la posibilidad de participar en la construcción de sentido de la sociedad moderna, la que toma elementos de dicho pasado para crear un continuo con el presente, pero siempre según los intereses del poder.

Recreando imaginarios culturales distintos en torno a la identidad, la memoria y la política

La realidad social y cultural ecuatoriana por largo tiempo ha sido imaginada y diseñada por el grupo hegemónico mestizo que no ha permitido a otros grupos humanos diversos como los indígenas y los afroecuatorianos poder visibilizarse y así participar en la construcción sociocultural de nuestro país; antes bien,



se ha preferido tenerlos al margen y dominados, haciéndoles creer que ellos no son sujetos históricos de transformación.

La misma actividad de patrimonializar los aspectos culturales más significativos han sido definidos por ese grupo mestizo que definitivamente ha permitido que se promocionara su propia riqueza cultural a daño de las demás.

Sin embargo, los nuevos planteamientos constitucionales nos hacen tener esperanza en el buen vivir (*sumak kawsay*) de toda la sociedad ecuatoriana, el mismo que se fundamenta hoy en la construcción diaria de un Ecuador intercultural, donde sea posible una identidad, una memoria y procesos políticos representativos de todas las instancias culturales presentes en el territorio.

Por consiguiente, en lo que se refiere a nuestra investigación, es necesario que se comprenda, por qué es importante patrimonializar, quién está llamado a patrimonializar y qué es lo que se patrimonializa, puesto que como declara Michel Colardelle, el patrimonio “...representa un valor simbólico formidable, que marca una región, factor de identidad e incluso de integración de la población alógena (...) factor de dinamización social y motor de la inversión...” (Prats 2004, 105).

También, es preciso subrayar, como lo hace José Luis García, que “el sujeto del patrimonio no es el Estado, no es el grupo, porque la cultura no es homogénea, no todos los individuos de un grupo son iguales, sino que son muy distintos (...) todos éstos (los grupos de gente e individuos) son los depositarios del patrimonio, no los museos, ni las entidades públicas, o los colectivos en abstracto” (Prats 2004, 58).

De entrada hay que señalar que, en tiempos contemporáneos, la cultura, de cara a los museos y el patrimonio, ha variado considerablemente respecto a



las nociones previas que se caracterizaban por ser excluyentes, elitistas e intelectualistas.

Hoy por hoy, la cultura es considerada desde su visión social; por tanto, las ciencias sociales han brindado un aporte muy importante a la nueva redefinición en torno a la cultura como “la forma de vida o la manera de ser de un pueblo o grupo social determinado” (Guerrero 2002, 74).

Esta perspectiva es más plural, ya que también tenemos la definición antropológica que contempla a la cultura como “el conjunto de hábitos y representaciones mentales de un grupo determinado en un momento dado, e incluye costumbres, creencias, leyes, artes y técnicas, lenguajes y lenguas, pensamientos, gestos...” (Guerrero 2002, 74).

Por tanto, la nueva noción de cultura ya no tiene que ver con maneras refinadas, nivel de escolarización, cultivo de las artes y la sensibilidad estética; la cultura es, en sí misma, un mecanismo adaptativo y la manera particular como se relaciona un grupo humano en su vida diaria.

La cultura es intrínseca al ser humano; no es algo que se tiene o se carece, o, como dice el texto, ‘es un asunto de ser’: todos vivimos en estado de cultura y todos tenemos cultura.

Lo que sí es necesario señalar es que la cultura no es un concepto singular, sino que es plural, como su contexto, compuesto por variedad en las formas y las maneras de ser de los diferentes grupos humanos.

Otra noción que se resignifica es la de identidad, que, en sus inicios, tuvo un fin político, como la que se sirvió de los museos, y se usaba para crear y justificar una identidad nacional compuesta por simbolismos comunes a todos y delimitada en un espacio físico determinado, un territorio común y soberano.



No obstante, y a pesar del fuerte simbolismo que la nacionalidad aún conserva, este modelo hoy ha entrado en crisis; el hecho es que las identidades nacionales no son homogéneas, existen diferencias internas que evidencian la pluralidad de nuestros países.

Por este motivo, se ha debido tener en cuenta los modelos de desterritorialización, desarraigo, hibridación cultural, procesos migratorios, etcétera, para así construir un nuevo modelo de identidad, ya no basado en la autodefinición, sino en el reconocimiento de la diferencia, de la identidad que es característica propia de los componentes de lo nacional (Guerrero 2002, 76).

A este movimiento se inscriben las políticas culturales del pluriculturalismo y el multiculturalismo donde expresiones como lo nuestro o lo nacional, ya pierden sentido a nivel de las dinámicas culturales, ya que “las identidades (...) no son patrimonios fijos y estables, son identidades de repertorio múltiples, híbridas, versátiles que se renuevan y relocalizan todo el tiempo” (Guerrero 2002, 77).

Otro elemento es la memoria, que también ha llegado a cambiar de sentido y ya no se trata de un homenaje a la memoria, por el hecho de transportarnos a dimensiones pasadas e históricas.

En este nuevo contexto, la memoria debe ser racional y crítica, y además se debe reconocer la pluralidad de memorias existentes en el seno de cualquier sociedad (no solo la memoria de los grupos hegemónicos).

Sobre la relación del museo con la memoria, es oportuno señalar que la memoria no ha existido jamás como tal, sino que es algo que se activa, un proceso de catarsis social que vuelve al pasado y busca hechos significantes; tampoco sería apropiado entenderla como mera depositaria del pasado, sino que es una memoria para el futuro, activa y operativa (Guerrero 2002, 77).



La memoria es la antítesis del olvido, de la inactividad y el estoicismo ante el presente; la memoria es un mecanismo transformador que, al utilizar y activar nuevos códigos culturales, vuelve significativos los textos del pasado.

La memoria puede rescatar los saberes que han ido quedando en desuso, pero que hoy se revelan útiles y prácticos (por ejemplo, las técnicas andinas de cultivo e irrigación por medio de terrazas, las que evitan la erosión); la memoria, al igual que las demás activaciones patrimoniales, también debe hacerse pública y social, debe estar al alcance y al servicio de todos.

Por lo tanto, habría que tomar en cuenta que el patrimonio, al ser una de las formas de la memoria, debería ser dinámico, plural y estar ligado a la diferencia.

En otras palabras, es necesario despetrificar y desmuseificar la noción de patrimonio, comúnmente pensada como un conjunto de objetos antiguos y nobles, con valores fijos e inmutables.

Entonces, la tarea política y cultural, así como la de investigación, no es rescatar los objetos auténticos de una sociedad, sino tomar en cuenta el carácter procesual del patrimonio, así como su transformación y sus dinámicas en las sociedades contemporáneas, dejar de patrimonializar según conceptos de lo arcaico y finalmente romper con la oposición entre un pasado sacro y un presente profano (Guerrero 2002, 80).

También es importante funcionalizar los patrimonios, buscar en ellos los valores que pueden ser apropiados por los diferentes grupos y definir esas formas de apropiación; es decir, es vital tomar en cuenta las necesidades concretas de la gente.

Me parece que esta nueva visión del patrimonio es muy positiva dada su vocación participativa y democrática.



Se deben revitalizar los espacios y buscarles un valor y un uso presente; esa es la clave para hacerlos participativos; y por ‘revitalización’ no se entiende darles vida, de algo que supuestamente carecen; todo lo contrario, se trata de conservar la vida que en ellos existe (no reemplazarla por vidas con mayor poder adquisitivo). Así, es la vida misma la que se patrimonializa.

El hecho de darle un uso presente, sea cotidiano, educativo, de entretenimiento, etcétera, significa compartir y activar de manera positiva los distintos espacios urbanos patrimoniales.

Desgraciadamente, muchas de nuestras ciudades aún no entienden que el patrimonio no puede volverse un medio más para la exclusión social.

Los técnicos, políticos y demás activadores del patrimonio no deberían subestimar la capacidad creativa de la gente, y lo que es peor, el empeño por crear ‘ciudades civilizadas’ terminará por crear museos al aire libre, o sea, lugares patrimoniales forzados, descontextualizados, banalizados y teatralizados donde la vida no será más que un frío artificio, un fósil en vida. v

Conclusión

El trabajo investigativo realizado en el barrio El Cisne de Sucumbíos y recogido por medio de esta monografía, demuestra la riqueza patrimonial con la que cada grupo cultural puede y debe contar para no perder su lugar de pertenencia y andar por el mundo aparentemente desprovisto culturalmente, sin un horizonte identitario y un asidero que le haga sentir orgulloso de lo que es, su capacidad de crear y recrear la realidad llenándola de nuevos símbolos y nuevos sentidos, y finalmente sentirse y proponerse como pueblo con su historia, memoria y riqueza cultural.



Esta monografía ha querido señalar el camino que el pueblo afroecuatoriano, a partir de una experiencia circunscrita en un barrio de Sucumbíos, ha emprendido, desde hace tiempo, con el firme propósito de contribuir a la deconstrucción de la lógica colonial que sigue vigente en nuestro país y se hace visible en el concepto modernista de entender el rol del Estado cada vez más homogeneizante.

El ejercicio, entonces, de crear y recrear su cultura mediante el proceso de revitalización de su propio patrimonio cultural, resulta indispensable para que no solo no se extinga como pueblo, sino que también esta riqueza que va reconociendo como suya, sea promovida, reconocida y apreciada por los demás grupos culturales que conforman este maravilloso país.

Solo así podremos realizar el deseo de todos aquellos ciudadanos que con su voto aprobaron la actual Constitución, que habla de interculturalidad, dimensión de la vida social siempre más necesaria, urgente e indispensable para una convivencia basada sobre el respeto, la democracia y la unidad en la diversidad.

Finalmente, quiero agradecer a todas aquellas personas, que a lo largo y ancho del país, pero especialmente del barrio El Cisne, de manera espontánea y creativa, han hecho propio el proyecto de los centros de educación cimarrona, y con este espíritu, que caracterizó la lucha insurgente de sus ancestros, están impulsando una educación y formación cultural e identitaria afroecuatoriana.

Son ellos mismos, los afroecuatorianos, quienes están queriendo escribir un nuevo capítulo de la historia de este país, y como actores sociales y culturales están demostrando, hoy más que nunca, que patrimonializar la cultura no puede ser un acto elitario y excluyente, ni tampoco homogeneizante; que no existe solo un patrimonio, el que define el Estado, sino que hay que hablar



de patrimonios, y que por último, quien establece cuál es su patrimonio y lo que lo representa tiene que ser la misma gente, es decir, las personas pertenecientes a grupos culturales distintos llamados a construir una sociedad verdaderamente inclusiva capaz de reconocer toda su diversidad que también es su verdadera riqueza.

Una vez más retomamos las palabras de Boaventura de Sousa Santos que invita a imaginar la sociedad, tanto nacional como internacional, como una realidad basada sobre la belleza de la diversidad (¡diverso es bello!), que se tiene que transformar en el cemento de un nuevo concepto de unidad nacional y hasta internacional, donde cabe también, en lo que a nuestra investigación se refiere, el discurso sobre qué es patrimonializable y quién patrimonializa.

Lo que es diverso no es desunido, lo que es unificado no es uniforme, lo que es igual no tiene que ser idéntico, lo que es desigual no tiene que ser injusto; tenemos el derecho a ser diferentes, cuando la igualdad nos descaracteriza.

(Boaventura de Sousa Santos).

